



AINKAA

Revista de Estudiantes de Ciencia Política
Volumen 7 - N° 13 / Enero – junio de 2023
e-ISSN: 2590-7832

133-159

Recibido: 15-06-2023

Aceptado: 19-06-2023

Cómo citar esta entrevista: Tauss, A. (2023).
Contextualizing the Current Crisis: Post-for-
dism, Neoliberal Restructuring, and Finan-
cialization. (Trad. N. A. Mesa Guisao). *Ainkaa*,
Revista de Estudiantes de Ciencia Política, 7 (13),
133-159.

Traducción: Contextualización de la crisis actual: post-fordismo, reestructuración neoliberal y financiarización

Aaron Tauss

**Traducción de
Natalia Andrea Mesa Guisao**
Universidad de Antioquia





AINKAA

Contextualización de la crisis actual: post-fordismo, reestructuración neoliberal y financiarización*

Contextualizing the Current Crisis: Post-fordism, Neoliberal Restructuring, and Financialization

Aaron Tauss**

Traducción de Natalia Andrea Mesa Guisao***

Resumen

El artículo sostiene que la crisis financiera que se desencadenó a finales de 2007, y que prevalece en la actualidad, no puede ser meramente explicada por el fracaso institucional, las falsas teorías económicas o el mal comportamiento humano. Más bien, debe ser

* Texto original: Tauss, A. (2012). Contextualizing the Current Crisis: Post-fordism, Neoliberal Restructuring, and Financialization. *Colombia Internacional*, 1(76), 51-79. <https://doi.org/10.7440/colombiaint76.2012.03>

** Doctor en Ciencia Política por la Universität Wien, Austria.

*** Traductora Inglés-Francés-Español por la Universidad de Antioquia, Colombia. Correo electrónico: natalia.mesa@udea.edu.co

analizada en el contexto de las contradicciones internas de la acumulación capitalista y la gradual desintegración del orden mundial hegemónico de posguerra bajo el liderazgo de EE. UU. Los detalles de la crisis están intrínsecamente relacionados con el fracaso del fordismo en la década de 1970 y la aparición de un régimen de acumulación posfordista, neoliberal e impulsado por el sector financiero, que finalmente fue empujado a sus límites en los preparativos de la recesión actual.

Palabras clave: crisis, hegemonía mundial, post-fordismo, neogramscianismo.

Introducción

La crisis financiera estadounidense de 2007-2008 ha provocado la recesión económica mundial más grave desde la Gran Depresión de la década de 1930 (Gill, 2010; Foster y Magdoff, 2009, 11; Petras, 2008). Muchas voces ortodoxas ven los orígenes de la crisis en la burbuja inmobiliaria estadounidense (Ferguson 2008; Greenspan 2010) o en los cambios en las regulaciones, en particular, en la desregulación de los sectores financieros desde la década de 1970 (Bsiroke, 2009; Emunds, 2009). Al restar importancia o ignorar el contexto histórico más amplio, estas interpretaciones en gran medida no dan cuenta de las causas históricas subyacentes de la crisis actual.

Desde la década de 1970, el mundo ha sido testigo de un número creciente de crisis financieras. Las más graves fueron la crisis del petróleo (1974-1975), la crisis de

la deuda en la periferia (1982), el desplome de la bolsa estadounidense (1987), la crisis del ahorro y los préstamos (finales de los 80 y principios de los 90), la crisis financiera asiática (1997-1998), el desplome de la “nueva economía” (2000) y la crisis financiera más reciente (2007-presente) (Altvater, 2009, pp. 77-79; Bieling, 2007, pp. 153-154; Toporowski, 2005, p. 110).

Hasta finales de la década de 1960, el orden económico mundial de posguerra estuvo marcado por una fuerte interrelación, basada en el consenso, entre ideas, instituciones y capacidades materiales, a escala nacional e internacional. Basado firmemente en el “liberalismo integrado” (Ruggie, 1982), este orden mundial encontró su expresión concreta en el modelo fordista de acumulación, el Estado del bienestar keynesiano y el sistema de Bretton Woods. Los primeros signos de la erosión de este consenso en los países capitalistas más industrializados fueron el aumento de la inflación y la caída de los beneficios en el sector de la producción (manufacturas y extracción) y de la inversión debido al aumento de los salarios, el incremento de los gastos de las nuevas tecnologías y la intensificación de la competencia internacional, las crisis de los precios del petróleo y la posterior reaparición de crisis financieras y recesiones económicas (Schmalz y Tittor, 2005, p. 11; Harvey, 2005).

La explicación subyacente de la transformación del orden mundial hegemónico de la posguerra está relacionada con la crisis estructural del fordismo, la cual provocó el estancamiento de los sectores productivos de los países capitalistas

más industrializados y con el proceso de financiarización, es decir, la creciente transferencia de capital al sector financiero (bancario, asegurador, accionario y de bienes raíces) (Arrighi, 1994; Foster, McChesney y Jamil, 2011). En este documento se argumenta que la crisis actual debe ser analizada en el contexto de las profundas transformaciones sociohistóricas de la década de 1970: la crisis del modelo de acumulación fordista, el ascenso de nuevas fuerzas sociales, el surgimiento del neoliberalismo y la financiarización de economías en todo el mundo.

La crisis del fordismo

Durante el primer cuarto del siglo XX, el fordismo surgió como un régimen dominante de acumulación capitalista. Originado en Estados Unidos, desde donde se expandió posteriormente por todo el mundo, el fordismo se caracterizó por la producción industrial en masa y el consumo en masa (Cox, 1987, pp. 219-221; Aglietta, 2000; Braverman, 1974; Brand, 2000).

El fordismo se estableció como régimen de acumulación principalmente en los países del núcleo capitalista y allí reguló las relaciones capital-trabajo creando exitosamente un amplio compromiso entre ambas partes. En la periferia, el fordismo fracasó en gran medida en la creación exitosa de su particular relación salarial (Lipietz, 1982). Como modelo de producción, el fordismo se desarrolló “mediante la introducción de nuevos métodos productivos por parte de empresas individuales, lo que eventualmente condujo al

principio macroeconómico de aumentos combinados en la productividad y los salarios reales” (Holman, 1993, pp. 221).

Las décadas de 1950 y 1960 marcaron una época de expansión económica sin precedentes en todo el mundo. El auge de la posguerra se debió a la acumulación de ahorros de los consumidores durante la Segunda Guerra Mundial, el auge del automóvil en Estados Unidos, la reconstrucción de las sociedades europea y japonesa, la carrera armamentística tras el inicio de la Guerra Fría, un mayor esfuerzo comercial, la expansión de los sectores financiero, asegurador y de bienes raíces, y la posición dominante del dólar estadounidense en la economía mundial (McChesney et al., 2009). Dado que a finales de la década de 1960 las tasas de crecimiento, los niveles de productividad y los beneficios comenzaron a descender, el fordismo como modelo hegemónico de acumulación se sumió en una profunda crisis (O’Brien y Williams, 2004, 148; Zeller, 2007, pp. 9; Girón, 2010, pp. 119).

No existe consenso en la literatura sobre qué provocó exactamente el descenso de los niveles de productividad y de las tasas de beneficio. Un argumento sostiene que la intensificación de la competencia a nivel global entre los sectores manufactureros de los países más industrializados provocó un exceso de capacidad y de producción. En particular, Japón y Europa Occidental surgieron como potenciales retadores de la posición dominante de las empresas transnacionales estadounidenses. A su vez, el entorno cada vez más competitivo comenzó a disminuir la rentabilidad

de la industria manufacturera en todo el mundo entre 1965 y 1973 y dio lugar a la “larga recesión” (Brenner, 2006, p. 8). La intensificación de la competencia a escala mundial desencadenó una introducción acelerada de nuevas tecnologías por parte de los poseedores individuales de capital en su búsqueda de plusvalía relativa. A su vez, el avance de la mecanización del proceso laboral y los crecientes gastos en maquinaria y tecnología contribuyeron aún más al descenso de la rentabilidad. Una interpretación alternativa de la crisis del fordismo sostiene que el creciente poder político y social de los trabajadores organizados en los países industrializados fue el núcleo mismo de la crisis. Durante el auge de los años cincuenta y sesenta, unos sindicatos poderosos y bien organizados habían logrado importantes aumentos salariales y, en última instancia, el aumento de la tasa salarial empezó a forzar cada vez más a la baja la productividad y los beneficios (Sablowski, 2004, pp. 29-31). La introducción de nuevas tecnologías esencialmente redujo los salarios reales y debilitó los movimientos obreros (Harvey, 2009).

La internacionalización de la producción

La crisis del fordismo en el centro provocó una amplia remodelación y reordenación de la organización del proceso de trabajo (Atzmüller, 2011). Así, a finales de la década de 1960, la internacionalización de la producción se erigió como la principal estrategia perseguida por los capitalistas nacionales para restablecer la tasa de

beneficio ante la crisis. Esta década también marcó la transición hacia un modelo de acumulación posfordista (Peter, 2003; Cox, 2002a, pp. 81).

Economías nacionales en todo el mundo, en particular los territorios de bajos salarios de la periferia, se abrieron a productos e inversiones financieras de los países capitalistas más avanzados (Saad-Filho y Ayers, 2008, pp. 111). La exportación de capital y de segmentos del proceso laboral a países de bajos salarios en el mundo dependiente condujo al ascenso de una nueva división internacional del trabajo, “en la que el desarrollo tecnológico y la innovación se concentran en un área central, mientras que la producción física de bienes se desplaza lentamente desde el área central [...] hacia áreas periféricas [...], con la producción periférica vinculada al núcleo por medio de mecanismos de control ubicados en el área central” (Cox, 1980, pp. 384).

La internacionalización de la producción trajo consigo un desarrollo desigual y jerárquico que se caracterizó por una creciente competencia entre regiones, países, ciudades, municipios, empresas y personas. En la década de 1970, la polarización social de los ingresos y el aumento de la desigualdad se convirtieron en tendencias generalizadas en todo el mundo (Butterwege, 1999, pp. 37-38).

A nivel nacional, la presión sobre los salarios nacionales aumentó debido a la intensificación de la competencia extranjera y disminuyó notablemente la capacidad de los gobiernos para intervenir en las economías como fuerza de contrapeso y proteccionista

(Hobsbawm, 1996, pp. 417). En el centro, la estructura de la mano de obra se remodeló significativamente a medida que los empleos en el sofisticado sector de servicios sustituían cada vez más a la mano de obra manufacturera. La transferencia de puestos de trabajo de los países ricos a los pobres se tradujo en un descenso de los salarios en el centro industrializado debido a la creciente presión mundial de la competencia salarial. El traslado de la producción a países con salarios bajos también provocó un aumento de las tasas de desempleo en los países centrales. En la periferia, la internacionalización de la producción provocó la movilización de nuevos movimientos obreros. Aquí, la fuerza laboral no establecida desempeñó un papel vital en la expansión de la producción internacional. En particular, en los países menos industrializados, la externalización de partes de los procesos de producción movilizó a la mano de obra no establecida, integrando a millones de personas a las filas de una mano de obra mundial en rápido crecimiento, lo que en muchos casos condujo a la formación de nuevos movimientos de la clase obrera.

A finales de la década de 1970, había surgido una nueva economía política mundial posfordista. Gracias a la expansión e integración de los procesos de producción por todas las fronteras nacionales, la acumulación de capital se había vuelto cada vez más transnacional. El post-fordismo se basaba en la mayor movilidad del capital, la creciente mecanización de la producción, el mayor uso de mano de obra barata y el traslado de la producción a países periféricos con salarios bajos (Dörre,

2003). El post-fordismo intensificó la internacionalización del capital financiero, comercial e industrial, abolió los acuerdos corporativistas tradicionales entre sindicatos y representaciones laborales y disminuyó las posibilidades de control democrático y participación popular (Demirovic, 2009; Röttger, 2003). Además, la transición al post-fordismo alimentó la desdemocratización de los procesos de toma de decisiones, fortaleció el poder autoritario, desplazó las competencias políticas de los niveles nacionales a los subnacionales y supranacionales, reforzó la gobernanza sobre el gobierno y dio lugar a regímenes reguladores internacionales y globales (Atznüller y Schwartz, 2003; Dörre y Röttger, 2003).

La reconfiguración de las fuerzas sociales

La reconfiguración de las fuerzas sociales provocada por la dinámica de lucha entre las diferentes fracciones del capital y del trabajo estuvo directamente relacionada con la internacionalización de la producción. La internacionalización de la producción fragmentó el capital y el trabajo en fuerzas transnacionales y nacionales (Bieler, 2006, pp. 32-36). Además, la internacionalización contribuyó a la transnacionalización de la cooperación y la interacción entre los componentes nacionales, tanto en el centro como en la periferia.

Aunque el sistema imperial hegemónico de posguerra bajo el liderazgo de Estados Unidos se había vuelto cada vez más transnacional desde la década de 1970, la subdivisión imperial tradicional en núcleo

dominante y periferia dependiente en gran medida no sufrió alteraciones. Por el lado del capital, las contradicciones entre las fracciones transnacional y nacional se intensificaron significativamente. El capital transnacional aumentó su poder estructural frente al capital nacional, los Estados y el trabajo organizado. Simultáneamente, el capital financiero transnacional —en forma de bancos de inversión internacionales, fondos de cobertura, fondos de capital privado, entre otros— sustituyó al capital comercial e industrial como fracción de clase dominante. En parte, este desarrollo se vio fomentado por diferentes formas de cooperación de las élites a través de instituciones supranacionales y redes transnacionales, que incluían a empresas, funcionarios estatales, empleados de organizaciones internacionales, representantes de los principales conglomerados mediáticos y miembros de la realeza internacional (Tabb, 2008). El capital financiero transnacional tomó la delantera, ya que comenzó a operar una red transnacional que gestionaba y controlaba los flujos de inversión directa en todo el mundo. La inversión directa se convirtió en el principal motor de la expansión de la producción internacional, ya que dicha inversión permitía a los inversores internacionales controlar la producción y, en particular, la tecnología.

En cuanto al trabajo, la internacionalización de la producción dio lugar a una doble fragmentación en los países industrializados y periféricos: en primer lugar, entre trabajadores establecidos y no establecidos y, en segundo lugar, entre los sectores de trabajadores establecidos que

se beneficiaron de la dinámica de la internacionalización y los sectores que estaban principalmente alineados con los productores nacionales (Cox, 1981, p. 148; Bieler, 2000, pp. 9-14). El ascenso de las fuerzas sociales transnacionales del lado del capital y del trabajo tuvo como resultado la reconfiguración de diferentes formas de Estado en función de la reorganización de los bloques históricos dentro de los contextos nacionales. Debido a la internacionalización de la producción, el propio Estado pasó a formar parte de un profundo proceso de internacionalización, tanto en los países centrales como en los periféricos. La internacionalización del Estado hace referencia a las diferentes formas en que “los procesos transnacionales de formación de consenso, apuntalados por la internacionalización de la producción y el empuje de la globalización, se han transmitido a través de los canales de formulación de políticas de los gobiernos” (Bieler y Morton, 2004, pp. 95-96).

La creciente necesidad de ajuste mutuo y armonización de políticas entre los niveles nacional e internacional debido a la acelerada integración de las economías nacionales en una economía mundial en rápida expansión condujo a la sustitución de las estructuras corporativas nacionales de la posguerra por una “nueva estructura corporativa informal [...] [que] reflejaba el predominio del sector orientado a la economía mundial sobre el sector más orientado a la economía nacional del país” (Cox, 1981, p. 146; Murphy, 1998, p. 423).

Aunque la internacionalización de la producción y la internacionalización del estado beneficiaron en gran medida al capital transnacional, el capital orientado nacionalmente se enfrentó a un serio desafío por parte de competidores extranjeros. En consecuencia, surgió una brecha cada vez mayor entre los intereses de los negocios y los grupos nacionales que formaban parte de la clase transnacional (Colás, 2005, p. 71). La expansión de la economía capitalista global en la década de 1970 aumentó innegablemente la relevancia de las redes e instituciones transnacionales. Los vínculos entre las instituciones gubernamentales clave como el ministerio de finanzas, el banco central y la oficina presidencial y sus lazos con las instituciones financieras internacionales ganaron cada vez más importancia bajo el posfordismo (Sablowski, 2009, pp. 122-124).

Al diseñar las políticas nacionales, los estados se vieron obligados a tener en cuenta tanto las preocupaciones y demandas locales como las internacionales. Las organizaciones internacionales y las redes transnacionales como la OCDE, el FMI, el Banco Mundial, el G7, el GATT, la OTAN, la CE/UE, la ASEAN, la Comisión Trilateral, el Grupo Bilderberg, el Consejo de Relaciones Exteriores (CFR), las empresas multinacionales, los grupos de planificación política, las instituciones financieras internacionales, las universidades elitistas, las comisiones y consejos gubernamentales, los principales grupos de reflexión y fundaciones, los medios de comunicación corporativos internacionales y las élites nacionales, en los estados capitalistas

avanzados y en la periferia, se convirtieron en los responsables de desarrollar el marco ideológico y diseñar las políticas gubernamentales que representaban los intereses del capital transnacional. Estas políticas posteriormente se adoptaron e implementaron a nivel nacional durante la internacionalización del Estado (Gill, 1995, p. 400).

El principal objetivo de esta constelación sumamente interconectada de fuerzas sociales transnacionales fue la creación de un consenso hegemónico global “entre líderes corporativos, financieros, intelectuales, universitarios, civiles, gubernamentales y líderes en torno a las principales direcciones de políticas” (Gill, 1986, p. 216). En su totalidad, esta nébuleuse transnacional (Cox, 2002, p. 39) funcionó como un conjunto de pilares institucionales e ideológicos para fortalecer la red de capital transnacional y, por lo tanto, intensificar la disciplina del mercado y la mercantilización de las relaciones sociales (Zelik y Altvater, 2009, pp. 167-168).

Este nuevo bloque de poder transnacional comenzó a organizar el sistema internacional a través de un “nuevo constitucionalismo” (Gill, 1995; Bieling, 2007, pp. 151-153), impulsado por políticas neoliberales y la creciente penetración de las sociedades por la lógica de los mercados (Gill, 2008, pp. 123-125). La noción de “nuevo constitucionalismo” hace referencia a “la reducción de las bases sociales de la participación popular dentro del orden mundial [...], el vaciamiento de la democracia y la afirmación, en asuntos de economía política, de un conjunto de políticas

macroeconómicas como la eficiencia del mercado, la disciplina y la confianza, la credibilidad de las políticas y la competitividad” (Bieler y Morton, 2004, p. 97).

El concepto encapsula la búsqueda por parte de un bloque de poder transnacional de establecer el neoliberalismo como el único camino aceptable para el desarrollo socioeconómico mediante la promoción de soluciones de mercado para los problemas sociopolíticos, el dominio ideológico de la ortodoxia neoliberal, que funciona como un medio para naturalizar las relaciones sociales de dominación y explotación, y la reproducción de aspectos y patrones estructurales y de procedimiento que garantizan el mantenimiento de las jerarquías sociales (Gill, 1995, p. 399).

El ascenso del neoliberalismo

La introducción y posterior implementación de políticas neoliberales, que para mediados de la década de 1970 comenzaron a reemplazar cada vez más al keynesianismo en el centro y a la industrialización por sustitución de importaciones en la periferia, estuvieron íntimamente relacionadas con los procesos de internacionalización de la producción, internacionalización del estado y la formación de un bloque de poder transnacional (Radice, 2005, p. 91). El contexto general para el ascenso del neoliberalismo fue proporcionado por la crisis del fordismo.

Durante las décadas de 1950 y 1960, el neoliberalismo surgió como un programa intelectual entre los círculos conservadores en Estados Unidos y Europa.

Instituciones como la Sociedad Mont Pelerin, el Institute for Policy Studies, el Instituto Adam Smith, la Fundación Heritage, la Hoover Institution, el Instituto Catón, el Institute of Economic Affairs, el Center for the Study of American Business, el Buró Nacional de Investigación Económica, el American Enterprise Institute, y el Proyecto para el Nuevo Siglo Estadounidense comenzaron a propagar activamente políticas socioeconómicas. Su objetivo común era construir y profundizar el consenso dentro de la sociedad civil proporcionando la justificación técnica, empírica, política y filosófica para el proyecto neoliberal (Gill y Law, 1993, p. 121; Brand y Sekler, 2009; Altvater, 2008, pp. 53-55). Al basarse en las nociones neoclásicas de mercados autorregulables y expectativas racionales en la toma de decisiones individuales, el neoliberalismo se presentó como una ciencia “neutral” y positivista, “dominada por abstracciones en gran parte carentes de significado, modelos mecánicos, metodologías formales y lenguaje matemático, y divorciada de los desarrollos históricos” (Foster y Magdoff, 2009, p. 136; Schui y Blankenburg, 2002, pp. 7-9; Ptak, 2007, pp. 27-29; Palley, 2005, p. 20).

Como teoría política y social, el neoliberalismo propuso “que se puede promover mejor el bienestar humano al fomentar la libertad y habilidades empresariales individuales dentro de un marco institucional caracterizado por fuertes derechos de propiedad, libres mercados y libre comercio” (Harvey, 2005, p. 2). Como discurso, el neoliberalismo alcanzó un estado hegemónico a principios de la

década de 1970 al moldear e influir cada vez más en los procesos de toma de decisiones políticas, al controlar y restringir el flujo y la difusión de información e ideas en la educación y los medios de comunicación, y al regular las finanzas, los negocios y el comercio globales y nacionales. La introducción de políticas neoliberales estuvo necesariamente acompañada por la propagación y consolidación de una “cultura populista neoliberal basada en el mercado del consumismo diferenciado y el libertarismo individual” (Harvey, 2005, p. 42) en los niveles ideológicos inter e intrapersonales (Gill y Law, 1993, p. 111; Amin, 2009).

Durante finales de la década de 1960 y principios de la década de 1970, el neoliberalismo se convirtió en un proyecto político y una estrategia de acumulación en respuesta a la crisis estructural del capitalismo, dirigido a la “restauración del ingreso y la riqueza de las fracciones superiores de los propietarios de capital” (Duménil y Levy, 2005, p. 14; Harvey, 2006; Saad-Filho y Johnston, 2005, pp. 4f; Clarke, 2005, pp. 57-58). Los dos componentes principales de la restauración del poder de clase fueron la reestructuración de las relaciones en la producción y en el complejo estado-sociedad civil.

El capital financiero transnacional que avanzó para convertirse en el “principal instrumento para la imposición del proyecto de acumulación y dominación social asociado con el neoliberalismo” desempeñó un papel principal (Saad-Filho y Ayers, 2008, p. 110). Como se mencionó anteriormente, el neoliberalismo

proporcionó la base ideológica y el conjunto correspondiente de políticas impulsadas por las élites transnacionales para expandir el poder estructural del capital transnacional en todo el mundo (Brand, 2005, p. 38). Generar un amplio consenso hegemónico sobre el progreso y la penetración cada vez mayores del neoliberalismo requería que las élites empresariales y financieras brindaran el respaldo económico y promovieran la producción de ideas e ideologías a través de grupos de expertos, formaran a los tecnócratas y tomaran el control de los principales medios de comunicación para establecer el neoliberalismo como una nueva normalidad generalmente aceptada (Overbeek y van der Pijl, 1993, pp. 1-3; Butterwege et al., 2007, p. 12; Demirovic, 2008, pp. 19-21).

El ascenso del neoliberalismo transformó fundamentalmente la relación entre el mercado y el Estado, ya que el neoliberalismo estuvo acompañado de la cancelación gradual del corporativismo tripartito keynesiano de la posguerra (Munck, 2005, p. 60; MacGregor, 2005). La disolución de las redes de seguridad social fue impulsada por la intensificación de la competencia entre los Estados que luchan por el capital móvil transnacional, que se hizo cada vez más significativo ante la disminución de los ingresos públicos (Gill, 1986, p. 217). Los Estados se encontraron en una situación de evaluación casi constante de su “clima favorable para los negocios” por parte de analistas de mercado e inversores. Los mercados financieros comenzaron a utilizar las calificaciones crediticias como un mecanismo coercitivo contra los países cuyas políticas

económicas amenazaban los intereses de los operadores transnacionales. Al socavar la búsqueda de políticas económicas soberanas, el capital transnacional obligó indirectamente a los Estados a competir entre sí en una búsqueda auto permeable de un marco macroeconómico “aceptable”.

Sin embargo, la transformación neoliberal del Estado no fue un proceso de arriba a abajo coordinado y propulsado a nivel global. El Estado mismo emergió como una fuerza impulsora detrás de la expansión de las políticas neoliberales. El Estado comenzó cada vez más a priorizar los intereses del capital, ya que el poder de los sindicatos se vio debilitado considerablemente por la internacionalización de la producción, la innovación tecnológica, el aumento del desempleo, la flexibilización del trabajo y el cambio de la manufactura tradicionalmente sindicalizada hacia el sector servicios (Gill y Law, 1993, p. 109; Tabb, 2008). La reestructuración neoliberal de las economías nacionales en todo el mundo produjo nuevas formas de descualificación, desprofesionalización, degradación, precarización, desempleo y subempleo de trabajos tanto físicos como mentales que anteriormente se privilegiaban.

En el contexto nacional, la aplicación de las políticas neoliberales transformó fundamentalmente las relaciones entre la producción y el capital financiero. El poder y la riqueza se desplazaron desde la población trabajadora y las fracciones del capital local centradas en los mercados nacionales hacia los tecnócratas, el capital nacional de exportación e importación, los

operadores financieros y las élites transnacionales. A su vez, la nueva constelación de fuerzas sociales empezó a socavar la capacidad de los gobiernos para regular e intervenir en las economías nacionales (Cox, 2000, p. 48).

Financiarización

Desde principios de la década de 1970, la economía mundial ha sido testigo de un declive general del crecimiento económico global, de la tendencia hacia la formación de estructuras de mercado monopolísticas y oligopolísticas impulsadas por el creciente poder de las empresas transnacionales, y del auge del sector financiero, que ha pasado de ser un mero facilitador del proceso de acumulación a ser el motor impulsor del crecimiento económico (Duménil y Levy, 2005, p. 13). La expansión del sector financiero fue una respuesta al profundo estancamiento del sector productivo en el centro (Epstein, 2006; Butterwege, 1999, pp. 31-32).

Para sostener un crecimiento económico continuo, el capitalismo depende de la accesibilidad perpetua de nuevas fuentes y salidas que generen la demanda necesaria para reinvertir una parte del excedente necesario para perpetuar el ciclo de acumulación. La falta de oportunidades de inversión rentables que genera una crisis de sobrecumulación puede ser provocada por diversas razones, como la maduración de las economías, la falta de nuevas tecnologías durante un largo periodo, el aumento de la desigualdad de ingresos y riqueza que reduce la demanda, bloquea la inversión

y fomenta la especulación financiera, y la monopolización y oligopolización de las economías (Milanovic, 2005).

Después de la crisis del fordismo, el capital se enfrentó a otro dilema serio: aunque la reproducción del proceso de acumulación requería una reducción de los salarios reales, la expansión dependía simultáneamente del consumo basado en salarios que, en última instancia, sostenía el crecimiento económico y la inversión. De manera más general, la necesidad de aumentar la productividad mediante la introducción de nuevas tecnologías en la búsqueda del valor de plusvalía relativa por los tipos individuales de capital reduce simultáneamente el componente humano en el proceso de producción. La consecuencia es una disminución del valor incorporado en las mercancías y una creciente presión sobre la tasa de ganancia. A finales de la década de 1960, la aparición de la nueva división internacional del trabajo y la incorporación de millones de trabajadores periféricos en el proceso de producción mundial generaron enormes ganancias de productividad. La mejora rápida de los niveles de productividad y la creciente inflación en el centro, relacionados principalmente con un aumento masivo de la oferta monetaria mundial debido a grandes déficits en Estados Unidos, desencadenaron una enorme expansión de la economía (Brenner, 2009, p. 26; Gambina, 2010, p. 81; O'Brien y Williams, 2004, p. 148).

Junto con la fijación oligopólica de precios, la disminución de la tasa salarial y las reformas fiscales regresivas, las ganancias produjeron un excedente absoluto

masivo que no pudo ser absorbido por el consumo y la inversión (Harvey, 2009). La sobreacumulación y la sobrecapacidad redujeron las oportunidades y salidas para la inversión rentable y, por lo tanto, hizo que se acelerara el impulso de la economía hacia el estancamiento. En esta situación, el sistema no logra expandirse a niveles adecuados que fomenten la reinversión del excedente generado (Marx, 1981; Baran y Sweezy, 1966; Caputo, 2010, p. 26). En la década de 1970, la combinación de estancamiento e inflación en el núcleo capitalista creó la “estanflación” (Schmidt, 2009, pp. 531-532).

La mencionada transición del enfoque económico desde el sector productivo al sector financiero es una tendencia a largo plazo en respuesta a la crisis estructural de sobreacumulación (Sweezy y Magdoff, 1972, pp. 7-9; Tabb, 2008). En particular, la expansión de la deuda y la especulación en la década de 1970 comenzaron a funcionar como los principales factores contrarrestantes para evitar que las economías cayeran en recesiones graves: “La reducción de los salarios reales (ajustados por la inflación) y la redistribución de la riqueza hacia arriba (por medio de la reducción de impuestos y reducciones en los servicios sociales) —resultado de la guerra de clases librada unilateralmente desde arriba— no han sido suficientes para garantizar una espiral cada vez mayor de retorno sobre el capital invertido en la economía productiva. [...] La enorme expansión de la deuda y la especulación proporcionan formas de extraer más excedente de la población en general y son, por lo tanto,

parte de la explotación de los trabajadores y la clase media baja por parte del capital” (Foster y Magdoff, 2009, p. 61).

Durante la década de 1950 y mediados de la década de 1960, la economía mundial siguió siendo más internacional que transnacional. La internacionalización de la producción no solo provocó un aumento de la actividad y un cambio de poder hacia empresas que operan a nivel transnacional, principalmente corporaciones multinacionales y bancos internacionales, y un nuevo sistema de división internacional del trabajo, sino que también desencadenó el ascenso de las finanzas extraterritoriales (Hobsbawm, 1996, p. 277).

Tras la Segunda Guerra Mundial, el sistema de Bretton Woods surgió como la base subyacente del orden global liberal de la posguerra, con tasas de cambio fijos, un dólar estadounidense vinculado al oro y un trato de nación más favorecida en el comercio internacional. A mediados de la década de 1960, la crisis del fordismo comenzó a cuestionar seriamente los fundamentos del sistema. El gasto militar masivo para las guerras en el sudeste asiático, el aumento de la inversión extranjera por parte de las corporaciones estadounidenses y el aumento de las importaciones provocaron un enorme éxodo de dólares estadounidenses hacia los mercados internacionales. El capital estadounidense había comenzado a perder cada vez más terreno frente a los competidores extranjeros (Huffschmid, 2004, p. 12).

Los dólares estadounidenses que salían del país se convirtieron rápidamente en la base de un mercado mundial

incontrolado de divisas centrado en la concesión de préstamos a corto plazo. En el centro de este mercado se encontraba la City de Londres, que surgió como el principal centro mundial de operaciones bancarias y financieras extraterritoriales no reguladas (Strange, 1972, p. 198). Los bancos de la City empezaron a atraer dólares extraterritoriales de todo el mundo y posteriormente prestaron “eurodólares” a tasas flexibles a gobiernos y entidades privadas (Bieling, 2007, p. 96). A medida que los bancos estadounidenses y las empresas transnacionales empezaron a financiar cada vez más sus operaciones con “eurodólares” de la City, se intensificaron los ataques especulativos contra el sistema de Bretton Woods y las tasas de cambio estables (Toporowski, 2005, p. 108; Gowan, 1999, p. 18).

Como resultado del enorme gasto militar desde mediados de la década de 1960, en 1971 el respaldo en oro del dólar estadounidense, que se estipulaba legalmente en el 25% del dinero de la Reserva Federal, se agotó casi por completo (Hudson, 2003, p. 4; Amin, 2009). Combinada con un aumento de los déficits comerciales y de balanza de pagos, la constante disminución de las reservas de oro creó una situación cada vez más insostenible, ya que un dólar debilitado habría socavado seriamente el poder económico y político de Estados Unidos en plena Guerra Fría. En 1964, Estados Unidos llegó al punto en el que las deudas del país con los bancos centrales extranjeros superaban el valor de las existencias de oro del Tesoro de los Estados Unidos. Los gastos militares para la guerra de Vietnam amenazaban con la

bancarrota del país. Sin embargo, Estados Unidos siguió registrando déficits de balanza de pagos, mientras que los bancos europeos principalmente reciclaron sus dólares excedentes en reservas de oro estadounidenses. Esta tendencia continuó hasta marzo de 1968, cuando el Tesoro de los Estados Unidos suspendió las ventas de oro y así rompió el vínculo entre el dólar y el precio del oro (Sarai, 2008, pp. 76-78).

En 1971, Estados Unidos, bajo la administración de Nixon, decidió liberar al dólar del oro. La eliminación del oro como respaldo universal del dinero fortaleció significativamente el ya dominante papel del dólar estadounidense como moneda de reserva mundial (Imhof y Jäger, 2007, pp. 148-150). La mayoría de las empresas y los estados comenzaron a mantener una gran parte de sus reservas de divisas en dólares y a invertir las en los mercados financieros de Estados Unidos o de la City de Londres (Hudson y Sommers, 2008). Las tasas de cambio flotantes entre las monedas abrieron las puertas a la especulación y aumentaron el papel y la influencia de los bancos y otras instituciones financieras. Además, las tasas de cambio forzaron particularmente a los países periféricos a ajustarse constantemente a las fluctuaciones de los mercados financieros globales, que, de hecho, en su mayoría no estaban relacionadas con el desempeño económico del país.

Finalmente, se reemplazó el oro con un acuerdo, conocido como el “estándar de bonos del Tesoro de los Estados Unidos” (Hudson, 2003) o el “régimen de estándar del dólar” (Gowan, 1999, p. 4), en el que

los pagarés emitidos por el gobierno de los Estados Unidos y el dólar estadounidense se convirtieron, más o menos, en el nuevo punto de anclaje del orden financiero mundial (Bieling, 2007, pp. 99-100). El sistema de tasas de cambio fijas finalmente tuvo que ser abandonado a mediados de la década de 1970. Los Estados Unidos habían logrado mantener su posición privilegiada dentro de la economía mundial y al mismo tiempo fueron capaces de “gastar internacionalmente sin límites, siguiendo cualquier política económica y militar que desearan, sin ninguna restricción de oro o cualquiera otra restricción internacional” (Hudson, 2003, p. 5).

La desvinculación del dólar estadounidense del oro formaba parte de una estrategia más amplia para perpetuar la supremacía internacional del capitalismo estadounidense en todo el mundo durante la posguerra. La definición de la posición predominante de Estados Unidos en el sistema monetario y financiero internacional compensaba la falta de competitividad estadounidense en su sector productivo (Strange, 1986). Con el final de la opción del oro, Estados Unidos obligó al resto del mundo a pagar las importaciones, los gastos militares y las guerras del país, así como la adquisición de empresas extranjeras por parte de Estados Unidos. Desde 1971, Estados Unidos ha podido “proseguir su expansión interna y su diplomacia exterior sin preocuparse apenas de las consecuencias para la balanza de pagos”. El nuevo régimen financiero permitió a Estados Unidos imponer medidas de austeridad a un país deudor extranjero en

lugar de a su propio pueblo, como habría ocurrido si hubiera permanecido con el patrón oro” (Hudson, 2003, p. 9).

Estados Unidos convirtió sus déficits de pago en “un elemento de fortaleza sin precedentes en lugar de una debilidad” (Hudson, 2003, p. 10). Bajo la nueva constelación, el gobierno de los Estados Unidos, el dólar estadounidense y los mercados financieros dominados por los Estados Unidos entraron en una relación de refuerzo mutuo y recíproco. El papel dominante del dólar estadounidense en el comercio mundial ayudó a que Wall Street (y la City de Londres) se expandiera, lo que a su vez aumentó la fuerza de las empresas financieras estadounidenses y, por lo tanto, impulsó la importancia del dólar estadounidense. El capital financiero estadounidense y las corporaciones estadounidenses ampliaron enormemente su poder y control en todo el mundo, mientras que el gobierno de los Estados Unidos moldeó unilateralmente las políticas monetarias y financieras internacionales (Hudson, 2009).

El sistema del dólar devaluado proporcionó al gobierno y al capital estadounidenses un beneficio sin precedentes y extraordinario en comparación con todos los demás países (Callinicos, 2003). Como la deuda se emitía en dólares estadounidenses, Estados Unidos podía gastar en el extranjero sin ninguna restricción de divisas. Al mismo tiempo, los gobiernos y las empresas de todo el mundo se vieron obligados a obtener el cambio necesario para pagar los intereses y el capital de sus bonos emitidos. En contraste con Estados Unidos, los problemas de déficit

externo llevaron rápidamente a los países dependientes al borde de la insolvencia, ya que no podían pedir prestado en su propia moneda. Este cambio estructural hacia el estándar del dólar estadounidense hizo que los países en la periferia fueran aún más vulnerables a las crisis y a los cambios dentro de la economía política global. El creciente número de crisis financieras desde mediados de la década de 1970 siguiendo el desmantelamiento del sistema de Bretton Woods benefició desproporcionadamente a los operadores financieros, los mercados financieros y las corporaciones transnacionales ubicadas en los Estados Unidos (Strange, 1987, p. 553; Huffschnid, 2006, p. 126; Panitch y Konings, 2008).

Dados los déficits crónicos de la balanza comercial y de pagos, la economía estadounidense pasó a depender en gran medida de la capacidad de los mercados financieros estadounidenses para atraer flujos masivos de capital de países de todo el mundo (Zeller, 2007, p. 125; Shaikh, 2005, p. 45). Los flujos de capital externo se convirtieron en algo de gran importancia para mantener el capitalismo estadounidense, ya que contribuyeron sustancialmente a expandir la economía y financiar déficits públicos y privados. Los Estados Unidos utilizaron su recién definida posición predominante dentro del sistema monetario y financiero internacional principalmente para compensar la falta de competencia en el sector productivo del país.

La crisis económica de 1973 y el posterior cambio hacia políticas monetarias deflacionarias en los países centrales

impulsaron la acumulación de recursos de capital en los depósitos de bancos internacionales, ubicados principalmente en los Estados Unidos y Europa (Newstadt, 2008, pp. 98-100). Aparte de estos recursos, los bancos también estaban inundados de petrodólares debido al cuadruplicamiento de los precios del petróleo desde 1973, desencadenado por la Guerra de Yom Kippur y el posterior embargo petrolero. La sobreaacumulación e hiperliquidez de los bancos internacionales privados expandió rápidamente el alcance de los préstamos otorgados a los países periféricos a partir de 1974 (Gill, 2010; Tabb, 2004, pp. 118-119).

Las crisis del petróleo y la instauración del estancamiento en los países capitalistas más avanzados a mediados de los años setenta provocaron crecientes déficits por cuenta corriente en los países de la periferia (Gowan, 1999, p. 48). Las bajas tasas de interés en los Estados Unidos y los favorables términos de pago, en ausencia de condiciones políticas y económicas, aumentaron la atracción de los préstamos extranjeros. Estos últimos fueron posibles en primer lugar por la mencionada expansión del crédito de las instituciones públicas a las privadas, que abrió nuevas oportunidades lucrativas de inversión para los bancos internacionales en la periferia. Las actividades de los bancos fueron acompañadas de cargas tecnológicas e institucionales en el negocio bancario mundial, como las innovaciones financieras, especialmente la titulización, es decir, la agrupación de obligaciones de deuda en conjuntos de valores comerciales, la desregulación de los mercados financieros

y los flujos de capital, las innovaciones tecnológicas en la transferencia de información y el procesamiento de datos, y la drástica reducción de los costes de transacción (Boris, 1987, pp. 26-28).

La desregulación de las finanzas internacionales y el auge de los bancos privados provocaron un desvío masivo de la inversión desde la producción hacia los sectores financieros dentro de los países. Ante el estancamiento de los sectores productivos en los países centrales, cada vez más dinero fluyó hacia la industria financiera. Este desarrollo conllevó la rápida expansión de los mercados de valores, el enorme crecimiento del comercio de derivados de riesgo, la especulación masiva a una escala sin precedentes y el auge de los fondos de cobertura (Bieling, 2007, pp. 140-142). Los mercados financieros desregulados e innovadores se convirtieron en medios esenciales para coordinar, procurar y concentrar la riqueza, y restaurar el poder de clase. La mayor parte de ese dinero no se utilizó para invertir en la producción, sino para especular en los mercados de valores y materias primas y en el sector inmobiliario. En contra de las afirmaciones neoclásicas ortodoxas de que la función de los mercados financieros era facilitar la asignación eficiente de los recursos financieros, la especulación se convirtió en la actividad dominante de los operadores financieros (Redak, 2003, p. 25). Este impulso de la especulación aumentó a su vez la vulnerabilidad de las economías nacionales a las fluctuaciones de los mercados mundiales y a los flujos monetarios transnacionales que entraban y salían de los países.

Tras la liberalización de los flujos de capital transnacional y la introducción de tasas de cambio flotantes, el dinero podía salir rápidamente de un país y transferirse a un destino más atractivo. Esto proporcionó al capital financiero transnacional la capacidad de crear voluntariamente crisis de divisas o de pagos, principalmente en las pequeñas economías abiertas del Sur. De este modo, el capital financiero internacional podía obligar a los gobiernos de forma rápida y contundente a adoptar políticas adecuadas (Gill y Law, 1993, p. 107). Las crisis o recesiones financieras nacionales, regionales y mundiales benefician aún más al capital transnacional, en particular a las empresas transnacionales y a los bancos internacionales, ya que, durante el proceso de recesión y recuperación, los competidores más débiles quiebran o son absorbidos por los actores más fuertes.

De hecho, desde la década de 1970, las crisis financieras en la periferia han reforzado principalmente las instituciones financieras estadounidenses y el papel del dólar estadounidense. La fuga de capitales tuvo un fuerte efecto estimulante en Wall Street, ya que aumentó la liquidez. Esto, a su vez, provocó la disminución de las tasas de interés estadounidenses y, por tanto, estimuló la economía en general. Por ello, los gobiernos estadounidenses se negaron continuamente a reducir la volatilidad y la vulnerabilidad a las crisis del orden financiero y monetario internacional existente (Epstein, 2006; Altvater, 2009, pp. 75-77).

El colapso del sistema de Bretton Woods estuvo seguido por una ola de innovación financiera y desregulación en el

sector financiero de los Estados Unidos. Los Estados Unidos tomaron la delantera en la eliminación de restricciones sobre los flujos de dinero que entraban y salían del país. La ausencia de regulación financiera en los Estados Unidos aumentó la presión en otros países para seguir adoptando políticas de desregulación. De lo contrario, los operadores locales habrían sido cada vez más incapaces de competir con el complejo financiero de Wall Street y la City de Londres (Bsirske, 2009; Emunds, 2009).

La creación de unos mercados financieros mundiales más integrados en la década de 1970 y la recesión de la década de 1980 provocaron el auge de la “regulación competitiva” (Gill y Law, 1993, p. 98) de los mercados nacionales de capitales en su afán por atraer flujos de capital e inversión extranjera directa. La liberalización de los mercados financieros estadounidenses provocó un cambio de poder hacia el capital financiero transnacional y la aparición del sector financiero como principal fuente de generación de beneficios empresariales (Harvey, 2010; Callinicos, 2003). La liberalización situó a los bancos privados estadounidenses en el centro mismo de las finanzas internacionales y redujo el control del gobierno sobre los operadores financieros. La intensificación de la explotación y el aumento creciente de la desigualdad en la distribución de la renta y la riqueza se convirtieron en características necesarias de la economía mundial postfordista, guiada por las finanzas (Harvey, 2005, p. 19). Ambos fenómenos garantizaron el flujo continuo de grandes cantidades de

dinero en efectivo a los sectores financieros, sosteniendo así su expansión y el proceso de acumulación en general.

El “shock Volcker” (1979-1982) con sus altas tasas de interés reales, en conjunto con una base manufacturera estancada, la desregulación financiera y los recortes de impuestos para los ricos, facilitaron el ascenso del mercado de valores a principios de los años 80. El aumento de los precios de los activos, el dinero barato y los salarios reales estancados llevaron a una disminución de la tasa de ahorro y al mismo tiempo alentaron el endeudamiento de los hogares, lo que era esencial para mantener una expansión impulsada por una burbuja en el sector financiero. Debido a la creciente demanda de préstamos por parte de hogares y corporaciones impulsada por el crecimiento del consumo, las instituciones financieras ampliaron voluntariamente los préstamos, lo que a su vez resultó en la aceleración del suministro total de dinero en los EE. UU. Desde la década de 1980, las dinámicas de burbuja y colapso de la economía estadounidense basada en la deuda han provocado una serie de crisis financieras; la crisis actual ha sumido al mundo en la recesión más profunda de la era posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Conclusiones

Este artículo ha intentado demostrar que la crisis actual, que comenzó con el estallido de la burbuja inmobiliaria de los Estados Unidos en 2007, está inherentemente relacionada con cambios profundos en las

relaciones de producción, el surgimiento de nuevas fuerzas sociales y la reconstitución del orden mundial de la posguerra en la década de 1970. Estos cambios posteriormente dieron lugar al establecimiento de un régimen de acumulación postfordista y al surgimiento del sector financiero como el principal motor de la acumulación capitalista. Además, la reestructuración impulsó la reversión y desmantelamiento del estado del bienestar keynesiano y los acuerdos corporativos, que iban de la mano con la debilidad y disciplina del trabajo organizado y el colapso del sistema de Bretton Woods.

Históricamente, la dinámica interna de desarrollo capitalista ha abierto siempre nuevas posibilidades para la formación de organizaciones e identidades sociales, políticas y colectivas heterodoxas ante las crisis. Las consecuencias de los impactos ecológicos del crecimiento económico impulsado estructuralmente y la expansión monetaria, la acelerada disminución de los recursos naturales, el creciente nivel de desigualdad y polarización social, la continuada decadencia del Estado de bienestar de la posguerra y la creciente mercantilización de las relaciones sociales, agravan los esfuerzos incesantes por estabilizar el proceso de acumulación. A la luz de la futilidad iluminadora de diferentes estrategias de “gestión de crisis”, un sinnúmero de movimientos de protesta en lugares como Oakland, El Cairo, Atenas y Madrid han cuestionado radicalmente, en parte, la sostenibilidad ecológica, económica y financiera del conjunto predominante de relaciones sociales.

Sin embargo, especialmente en las últimas dos décadas, las iniciativas populares y los movimientos de base en América Latina, como las empresas recuperadas y propiedad de los trabajadores en Argentina y Uruguay, los zapatistas en México, los movimientos indígenas en Ecuador, Perú y Bolivia, el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) en Brasil, y los movimientos estudiantiles de Chile y Colombia han pasado a un primer plano en la lucha mundial por la redistribución de la tierra, la renta y la riqueza, la democratización de la producción, la redefinición del metabolismo ecológico y la transformación general del Estado. En este proceso, la investigación académica crítica desempeña un papel fundamental en el fomento de prácticas y debates alternativos sobre la construcción de una multiplicidad de espacios de vida genuinamente democráticos y sostenibles. Los criterios para esta construcción tienen que identificar necesariamente las posibilidades de materializaciones concretas de anteproyectos contrahegemónicos y proyectos emancipatorios viables, abordar posibles puntos de partida para cuestionar las relaciones de poder dominantes y, lo que es más importante, relacionarse con las experiencias vividas en las actividades cotidianas.

Referencias

- Aglietta, Michel. (2000). *A theory of capitalist regulation: The US experience*. Verso.
- Altwater, Elmar. (2008). Globalisierter Neoliberalismus. En C. Butterwege et al. (eds.), *Neoliberalismus: Analysen und Alternativen* (pp. 50-68). VS.
- Altwater, E. (2009). Postneoliberalism or postcapitalism? The failure of neoliberalism in the financial market crisis. In *Postneoliberalism: A beginning debate: Development dialogue* No. 51, Ulrich Brand and Nicole Sekler (eds.), 73-88. Uppsala: Dag Hammarskjöld Foundation.
- Amin, S. (2009). Seize the crisis! *Monthly Review* 61 (7). <http://www.monthlyreview.org/091201amin.php>.
- Arrighi, Giovanni. (1994). *The long twentieth century: Money, power and the origins of our time*. Verso.
- Atzmüller, R. (2011). Die Krise lernen: Neuzusammensetzung des Arbeitsvermögensim postfordistischen Kapitalismus. *Grundrisse* 38. http://www.grundrisse.net/grundrisse38/grundrisse_38.htm
- Atzmüller, R. & Robert Schwartz. (2003). Flexible Innovationsfähigkeit, Qualifikationspolitik und die Veränderung von Staatlichkeit: Momente postfordistischer Hegemonie, <http://www.beigewum.at/wordpress/wp-content/uploads/2003-3kw-artikel07.pdf>
- Baran, P. A. & Sweezy, P. M. (1966). *Monopoly capital: An essay on the American economic and social order*. New York: Monthly Review Press.
- Bieler, A. (2000). Globalisation and enlargement of the European Union: Austrian and Swedish social forces in the struggle over membership. London/New York: Routledge.

- Bieler, A. (2006). *The struggle for a social Europe and EMU in times of global restructuring*. Manchester/New York: Manchester University Press.
- Bieler, A. & Morton, A. D. (2004). A critical theory route to hegemony, world order and historical change: Neo-Gramscian perspectives in *International Relations*. *Capital & Class*: 85-113.
- Bieling, H. J. (2007). *Internationale Politische Ökonomie: Eine Einführung*. Wiesbaden: VS.
- Boris, D. (1987). Die Verschuldungskrise in der Dritten Welt: Ursachen, Wirkungen, Gegenstrategien. In *Schuldenkrise und Dritte Welt*, Dieter Boris (ed.), 11-60. Köln: Hoblank24.
- Brand, U. (2000). *Global Governance: Alternative zur neoliberalen Globalisierung?* Münster: Westfälisches Dampfboot.
- Brand, U. (2005). *Gegen-Hegemonie: Perspektiven globalisierungskritischer Strategien*. Hamburg: VSA.
- Brand, U. & Sekler, N. (2009). Postneoliberalism: Catch-all word or valuable analytical and political concept? Aims of a beginning debate. In *Postneoliberalism: A beginning debate*, Development dialogue No. 51, Ulrich Brand and Nicole Sekler (eds.), 5-14. Uppsala: Dag Hammarskjöld Foundation.
- Braverman, H. (1974). *Labor and monopoly capital: The degradation of work in the twentieth century*. New York: Monthly Review Press.
- Brenner, R. (2006). *The economics of global turbulence: The advanced capitalist economies from long boom to long downturn, 1945-2005*. London/New York: Verso.
- Brenner, R. (2009). Die Krise wird der Großen Depression gleichkommen. In *Kapitalismus am Ende? Analysen und Alternativen*, Robert P. Brenner et al. (eds.), 25-30. Hamburg: VSA.
- Bsirske, F. (2009). Gewerkschaftliche Alternativen in der Krise des Finanzmarkt-Kapitalismus. In *Kapitalismus am Ende? Analysen und Alternativen*, Robert P. Brenner et al. (eds.), 22-5. Hamburg: VSA.
- Butterwege, C. (1999). Neoliberalismus, Globalisierung und Sozialpolitik: Wohlfahrtsstaat im Standortwettbewerb? In *Herrschaft des Markt: Abschied vom Staat?*, Christoph Butterwege (ed.), 26-44. Baden-Baden: Nomos.
- Butterwege, C., Lösch, Bettina, Ptak, Ralf and Tim Engartner. (2007). *Kritik des Neoliberalismus*. Wiesbaden: VS.
- Callinicos, Alex. 2003. *Ein anti-kapitalistisches Manifest*. Hambur: VSA.
- Caputo, O. (2010). El dominio del capital sobre el trabajo y la naturaleza. In *La crisis capitalista y sus alternativas*, Julio C. Gambina (ed.), 22-8. Buenos Aires: CLACSO.
- Clarke, S. (2005). The neoliberal theory of society. In *Neoliberalism: A critical reader*, Alfredo Saad-Filho and Deborah Johnston (eds.), 50-9. London/Ann Arbor: Pluto Press.

- Saad-Filho, A., & Johnston, D. (Eds.). (2005). *Neoliberalism: A Critical Reader*. Pluto Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctt18fs4hp>
- Cox, R. W. (1980). The crisis of world order and the problem of international organization in the 1980s. *International Journal*, 35(2), 370-395.
- Cox, R. W. (1981). Social forces, states and world orders: beyond international relations theory. *Millennium*, 10(2), 126-155.
- Cox, R. W. (1987). *Production, power, and world order: Social forces in the making of history* (Vol. 1). Columbia University Press.
- Cox, R. W. (2000). The way ahead: Toward a new ontology of world order. *Critical theory and world politics*, 45-59.
- Cox, R. W. (2002). Reflections and transitions: The political economy of a plural world: Critical reflections on power, morals and civilization. By Robert W. Cox (ed.), 26-43. Routledge.
- Cox, R. W. (2002). Power and knowledge. The political economy of a plural world: Critical reflections on power, morals and civilization. Robert W. Cox (ed.), 76-95. Routledge.
- Demirovic, A. (2008). Neoliberalismus und Hegemonie. In *Neoliberalismus: Analysen und Alternativen*, Christoph Butterwege et al. (eds.), 17-33. Wiesbaden: VS.
- Demirovic, A. (2009). Postneoliberalism and post-Fordism: Is there a new period in the capitalist mode of production. *Development dialogue*, 51(January), 45-58.
- Dörre, K. (2003). Das flexibel-marktzentrierte Produktionsmodell—Gravitationszentrum eines „neuen Kapitalismus“. *Das neue Marktregime. Konturen eines nachfordistischen Produktionsmodells*. Hamburg:VSA, 7-34
- Dörre, K., & Röttger, B. (2003). Das neue Marktregime: Zwischenbilanz einer Debatte. *Das neue Marktregime: Konturen einer nachfordistischen Produktionsmodells*, 312-23.
- Dumpnil, G., & Ipv, D. (2005). The neoliberal (counter) revolution. μ In *Neoliberalism: A critical reader*, eds. Alfredo Saad Filho and Deborah Johnston. Ann Arbor: Pluto Press, 9-19
- Emunds, B. (2009). Keine Kapitalismuskrisis, sonder eine Krise der Finanzwirtschaft. In *Kapitalismus am Ende? Analysen und Alternativen*, Robert P. Brenner et al. (eds.), pp.46-51. Hamburg: VSA.
- Epstein, G. (2006). Introduction: Financialization and the world economy. In *Financialization and the world economy*, Gerald Epstein (ed.), 3-17. Northampton, MA: Edward Elgar Publishing.
- Ferguson, N. (2008). *The ascent of money: A financial history of the world*. London/New York: Penguin.
- Foster, J. & Fred M. (2009). *The great financial crisis: Causes and consequences*. New York: Monthly Review Press.
- Foster, J., McChesney, R. & Jonna, R. (2011). Monopoly and competition in twenty-first century capitalism. *Monthly Review* 62 (11), <http://monthlyreview.org/2011/04/01/monopoly-and-competition-in-twenty-first-century-capitalism>

- Gambina, J. (2010). La crisis de la economía mundial y los desafíos para el pensamiento crítico. In *La crisis capitalista y sus alternativas*, Julio C. Gambina (ed.), 63-76. Buenos Aires: CLACSO.
- Gill, S. (1986). Hegemony, consensus and trilateralism. *Review of International Studies* 12 (3): 205-22.
- Gill, S. (1995). Globalisation, market civilisation, and disciplinary neoliberalism. *Millennium: Journal of International Studies* 24 (3): 399-423.
- Gill, S. (2008). *Power and resistance in the new world order*. 2nd ed. New York: Palgrave Macmillan.
- Gill, S. (2010). The global organic crisis: Paradoxes, dangers, and opportunities. *Monthly Review*, MRZine 19, <http://mrzine.monthlyreview.org/2010/gill150210.html>
- Gill, S. & Law D. (1993). Global hegemony and the structural power of capital. In *Historical materialism and international relations*, Stephen Gill (ed.), pp.93-126. Cambridge: Cambridge University Press.
- Girón, A. (2010). FMI y hegemonía del dólar. In *La crisis capitalista y sus alternativas*, Julio C. Gambina (ed.), pp. 109-24. Buenos Aires: CLACSO.
- Gowan, P. (1999). *The global gamble: Washington's Faustian bid for world dominance*. London/New York: Verso.
- Greenspan, A. (2010). The crisis. Working papers. https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2010/03/2010a_bpea_greenspan.pdf
- Harvey, D. (2005). *A brief history of neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press. <https://www.proglocode.unam.mx/sites/proglocode.unam.mx/files/ABriefHistoryNeoliberalism.pdf>
- Harvey, D. (2006). *Spaces of global capitalism: Towards a theory of uneven geographical development*. ISBN 1844675505
- Harvey, D. (2009). Is this really the end of neoliberalism?. Counterpunch. <https://www.counterpunch.org/2009/03/13/is-this-really-the-end-of-neoliberalism/>
- Harvey, D. (2010). *The enigma of capital and the crisis of capitalism*. Oxford: Profile Books.
- Hobsbawm, E. (1996). *The age of extremes*. New York: Peter Smith Pub Inc.
- Holman, O. (1993). Internationalization and democratization: Southern Europe, Latin America and the world economic crisis. In *Historical materialism and International Relations*, Stephen Gill (ed.), 213-36. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hudson, M. (2003). *Super imperialism: The economic strategy of American empire*. 2nd ed. London: Pluto Press.
- Hudson, M. (2009). *Financing the empire*. Counterpunch. <http://www.counterpunch.org/2009/03/30/financing-the-empire/>
- Hudson, M and Sommers, J. (2008). *The end of the Washington Consensus*. Counterpunch. <http://www.counterpunch.org/hudson12122008.html>
- Huffschnid, J. (2004). Erdumfassend und parentief: Die Privatierung der Welt– Eine Einführung. In *Die Privatisierung der Welt: Hintergründe, Folgen, Gegenstrategien*, Reader des wissenschaftlichen Beirats von Attac. Jörg Huffschnid (ed.), 9-17. Hamburg: VSA.

- Huffschnid, J. (2006). *Währungsfonds, Weltbank, Welthandelsorganisation: Enfesselte Finanzmärkte und die globale Armutsbekämpfung*. In *Die Weltordnung von Ökonomie und Krieg*. Thomas Roithner (ed.). 122-32. Wien: LIT.
- Imhof, K y Johannes J. (2007). *Globale Geldordnungen und Entwicklungsprozesse in Zentrum und Peripherie*. En J. Becker, et al. (eds.), *Kapitalistische Entwicklung in Nord und Süd: Handel, Geld, Arbeit, Staat*, (pp. 143-59). Mandelbaum.
- Lipietz, A. (1982). *Towards Global Fordism?* *New Left Review* I (132), 33-47.
- MacGregor, S. (2005). *The Welfare State and Neoliberalism*. En A. Saad-Filho y D. Johnston (eds.) *Neoliberalism: A critical reader* (pp. 142-8). Pluto Press.
- Marx, K. (1981). *Capital*. Volumen III. Penguin.
- McChesney, R.W., Holleman, H., Stole, I. L., y Foster, J. B (2009). *The Sales Effort and Monopoly Capital*. *Monthly Review*, <http://www.monthlyreview.org/090406-mcchesney-foster-stole-holleman.php>
- Milanovic, Branko. (2005). *Worlds Apart: Measuring International and Global Inequality*. Princeton University Press.
- Munck, Ronaldo. (2005). *Neoliberalism and Politics, and the Politics of Neoliberalism*. En Saad-Filho y D. Johnston (eds.) *Neoliberalism: A Critical Reader*, (pp. 60-69). Pluto Press.
- Murphy, C. N. (1998). *Understanding IR: Understanding Gramsci*. *Review of International Studies* 24 (3), 417-25.
- Newstadt, E. (2008). *Neoliberalism and the Federal Reserve*. En L. Panitch y M. Konings (eds.), *American Empire and the Political Economy of Global Finance*, (pp. 90-118). Palgrave Macmillan.
- O'Brien, R. y Williams, M. (2004). *Global Political Economy: Evolution and Dynamics*. Palgrave Macmillan.
- Overbeek, H. y van der Pijl, K. (1993). *Restructuring Capital and Restructuring Hegemony: Neo-liberalism and the Unmaking of the Post-war World Order*. En H. Overbeek (ed.), *Restructuring Hegemony in the Global Political Economy*, (pp. 1-27). Routledge.
- Palley, T. I. (2005). *From Keynesianism to Neoliberalism: Shifting Paradigms*. En A. Saad-Filho y D. Johnston (eds.), *Neoliberalism: A critical reader*, (pp. 20-9). Pluto Press.
- Panitch, L. Konings, M. (2008). *Demystifying imperial finance*. In *American empire and the political economy of global finance*. Palgrave Macmillan.
- Peter, L. (2003). *Postfordismus, Deformation von Arbeitssubjektivität und Arbeitssucht. Das neue Marktregime: Konturen einer nachfordistischen Produktionsmodells*, 172-88.
- Petras, J. (2008). *who's to blame for the great financial crisis*, *Telegraph*, August 18, 2008.
- Ptak, R. (2007). *Grundlagen des Neoliberalismus. Kritik des Neoliberalismus*, Christoph Butterwege et al. (eds.), 13-86. Wiesbaden: VS.
- Radice, H. (2005). *Neoliberal globalisation: Imperialism without empires?*. *Neoliberalism: A critical reader*, 91-98.
- Redak, V. (2003). *Zur Rolle und Funktion von Finanzmärkten*. In *Geld Macht Krise: Finanzmärkte und neoliberale Herrschaft*, Joachim Becker, Joachim et al. (eds.), 15-26. Wien: Promedia.

- Röttger, B. (2003). Produktionsmodell und Gesellschaftsformation. *Das neue Marktregime: Konturen einer nachfordistischen Produktionsmodells*.
- Dörre, K., & Röttger, B. (2003). Das neue Marktregime. *Konturen eines nachfordistischen Produktionsmodells*. Hamburg.
- Ruggie, J. G. (1982). International regimes, transactions, and change: embedded liberalism in the postwar economic order. *International organization*, 36(2), 379-415.
- Saad-Filho, A. & Ayers, A. (2008). Production, class, and power in the neo-liberal transition. In *Gramsci, political economy, and international relations theory*. (ed.), 109-30. New York: Palgrave Macmillan.
- Saad-Filho, A. & Johnston, D. (2005). *Neoliberalism: A critical reader*. London: Pluto Press.
- Sablowski, T. (2004). Privatisierung und Kapitalakkumulation. In *Die Privatisierung der Welt: Hintergründe, Folgen, Gegenstrategien*, Reader des wissenschaftlichen Beirats von Attac, Jörg Huffs Schmid (ed.), 27-33. Hamburg: VSA.
- Sablowski, T. (2009). Die Ursachen der neuen Wirtschaftskrise. *Kritische Justiz*, 2, 116-31.
- Sarai, D. (2008). US structural power and the internationalization of the US Treasury. En *American empire and the political economy of global finance*, Leo Panitch and Martijn Koning (eds.), 71-89. New York: Palgrave Macmillan.
- Schmalz, S. y Tittor, Anne. (2005). Hegemoniezyklen in Lateinamerika: Einführung und Kontext. In *Lateinamerika: Verfall neoliberaler Hegemonie?*, Dieter Boris et al. (eds.), 7-39. Hamburg: VSA.
- Schmidt, I. (2009). Große Krisen seit den 1930er Jahren. *Prokla* 157: 523-40.
- Schui, H. y Blankenburg, S. (2002). *Neoliberalismus: Theorie, Gegner, Praxis*. Hamburg: VSA.
- Shaikh, A. (2005). The economic mythology of neoliberalism. En *Neoliberalism: A critical reader*, Alfredo Saad-Filho and Deborah Johnston (eds.), 41-9. London/Ann Arbor: Pluto Press.
- Strange, S. (1972). The dollar crisis. *International Affairs* 48 (2): 191-216.
- Strange, S. (1986). *Casino capitalism*. Manchester: Manchester University Press.
- Strange, S. (1987). The persistent myth of lost hegemony. *International Organization* 41 (4): 551-74.
- Sweezy, P. and Magdoff, Harry. (1972). *The dynamics of U.S. capitalism*. Monthly Review Press.
- Tabb, William K. (2004). *Economic governance in the age of globalization*. Columbia University Press.
- Tabb, W. (2008). The four crises of the contemporary world capitalist system. *Monthly Review*, <http://www.monthlyreview.org/081006tabb.php>
- Toporowski, J. (2005). 'A haven of familiar monetary practice': The neoliberal dream in international money and finance. En A. Saad-Filho and D. Johnston (eds.), *Neoliberalism: A critical reader*, (pp. 106-12). Ann Arbor: Pluto Press.

Zelik, R. y Altvater, E. (2009). Vermessung der Utopie: Ein Gespräch über Mythen des Kapitalismus und die kommende Gesellschaft. Blumenbar.

Zeller, C. (2007). Direktinvestitionen und ungleiche Entwicklung. En J. Becker, et al. (eds.), *Kapitalistische Entwicklung in Nord und Süd: Handel, Geld, Arbeit, Staat*, (pp. 123-42) .Mandelbaum.

AINKAA 